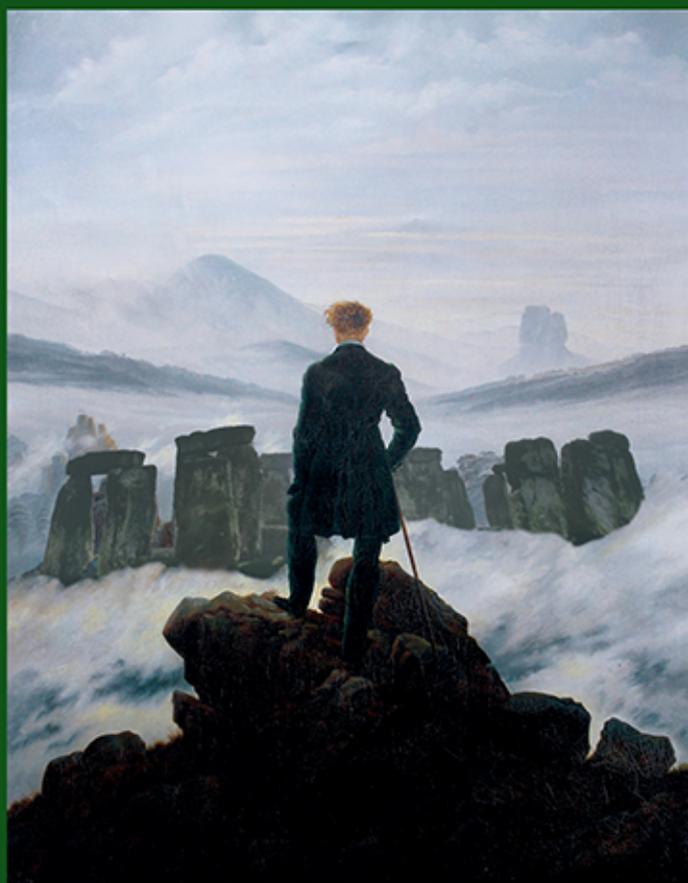


Marisa Ruiz-Gálvez Priego

PENSAR EL PAISAJE, IMAGINAR EL MUNDO

Fundamentos para la Arqueología del Paisaje



MARISA RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO

**PENSAR EL PAISAJE,
IMAGINAR EL MUNDO**

**Fundamentos para
la Arqueología del Paisaje**



BIBLIOTECA BÁSICA - 9

Madrid, 2024

© *Pensar el Paisaje, imaginar el mundo. Fundamentos para la Arqueología del Paisaje*
María Luisa Ruiz-Gálvez Priego

Esta edición es propiedad de EDICIONES DE LA ERGASTULA y no se puede copiar, fotocopiar, reproducir, traducir o convertir a cualquier medio impreso, electrónico o legible por máquina, enteramente o en parte, sin su previo consentimiento. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Los contenidos de este libro son eminentemente académicos, siendo toda la documentación incluida en él fruto de la actividad docente e investigadora de sus autores. Siendo una publicación universitaria las imágenes se han empleado siguiendo el criterio del artículo 32 de la Ley de Propiedad Intelectual sobre 'cita e ilustración en la enseñanza'. No obstante, Ediciones de La Ergástula ha realizado todos los esfuerzos posibles para conocer a los propietarios de todas las imágenes que aquí aparecen y por obtener los permisos de reproducción necesarios. Si se ha producido alguna omisión inadvertidamente, el propietario de los derechos o su representante legal puede dirigirse a Ediciones de La Ergástula (info@laergastula.com).

© Todos los derechos reservados.

© Textos: Sus autores

© Imágenes: Sus autores

© Ediciones de La Ergástula, S.L.

Calle de Béjar 13, local 8,

28028 – Madrid

www.laergastula.com

Diseño y maquetación: La Ergástula

Imagen de portada: “Observando el paisaje neolítico”. Composición derivada de “El caminante sobre el mar de nubes 2 (1918), de Caspar David Friedrich (1774-1840), y una visión de Stonehenge (Inglaterra)

I.S.B.N.: 978-84-19726-12-4

Depósito Legal: M-22295-2024

Impreso en España – *Printed in Spain.*

A la memoria de mi hermano José Antonio,
con el que me quedaron tantas excursiones y
visitas arqueológicas por hacer.

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
CAPÍTULO 1. En los orígenes de la Arqueología del Paisaje.....	15
1.1. Sobre nuestro concepto de paisaje	15
1.2. Arqueología del Paisaje versus Arqueología Espacial	21
1.3. La idea de progreso entra en crisis. Geografía humanística y Arqueología del Paisaje.....	25
1.4. Fenomenología y Arqueología del Paisaje	29
1.5. Crítica a la Arqueología fenomenológica	35
1.6. Cambios, ratificaciones metodológicas y nuevos campos de interés en Arqueología del Paisaje y de la percepción	41
1.7. El Paisaje marino y el celeste.....	43
1.8. Colofón	47
CAPÍTULO 2. ¿Todos los grupos humanos tienen paisaje?.....	51
2.1 Qué entendemos por paisaje en arqueología	51
2.2. ¿Qué es la territorialidad?	53
2.3 Territorialidad y arte visual	55
2.4 Ordenar: Definir un centro y unos límites.	58
2.5. Conceptualizar y categorizar: ¿Qué es humano y qué no lo es?.....	64
2.6. Coda: La creación del mundo	72
CAPÍTULO 3. ¿Cómo percibe el paisaje el sedentario y cómo el que se mueve?.....	77
3.1. Cómo marcan el paisaje: Similitudes y diferencias	77
3.2. El Paisaje de los sedentarios	83
3.3. El escenario del poder y el poder de la escenografía.....	90
3.4. El Paisaje de los que se mueven	95
3.5. ¿Señales costosas para sociedades que se mueven?	104
3.6. Recapitulación	112

CAPÍTULO 4. El paisaje del campesino medieval.....	115
4.1. Los peligros del bosque	115
4.2 ¿Cuál es el marco teórico de la Arqueología del Paisaje medieval?	127
4.3. Transformaciones materiales y transformaciones mentales del paisaje medieval.....	129
4.4. Fínale Maestoso	137
 CAPÍTULO 5. Conclusiones	 139
 BIBLIOGRAFÍA	 147

PRÓLOGO

Querido lector que te acercas a este libro movido por el atractivo del término *Arqueología del Paisaje* de su subtítulo, si esperas encontrar aquí información sobre imagen LiDAR, el uso del escáner-láser, cómo aprender a manejar un programa de SIG, a hacer cálculos estadísticos complejos, o qué fórmula es la más adecuada para calcular costes de movilidad...lo siento, te has equivocado de obra. Más vale que lo cierres y busques esa información en otro autor más avezado que yo en esos temas.

Pero, si lo que buscas son respuestas a por qué el registro arqueológico demuestra la existencia de unos patrones regulares en la organización del espacio, a qué razones responden y por qué, de repente, a unos grupos humanos se les ocurrió ordenar el espacio, entonces, puede que sí te puedan resultar de algún interés estas páginas.

En los comienzos de los años 80, pasé por una profunda crisis de vocación y quise abandonar la Arqueología. De hecho, no lo hice, únicamente porque ninguna de las cartas que envié adjuntando mi currículum, en respuesta a las ofertas de trabajo que leía en los anuncios de los periódicos, mereció una respuesta. Llevaba seis años trabajando en un tema de tesis que me había venido dado, como era lo habitual entonces, cuyo objeto yo no acababa de entender y que, por eso, me producía una profunda insatisfacción.

Procedía de un ambiente familiar en el que, a mis hermanos y a mí, se nos había inculcado un profundo amor por la Historia. Y en el tema de mi tesis me faltaban los actores, los seres humanos que hacían la Historia. Todavía no había nacido en el mundo académico anglosajón el postprocesualismo, como movimiento de reacción contra lo que algunos arqueólogos criticaron como los excesos de la Nueva Arqueología. De modo que podría decirse que yo era una postprocesual, *avant la lettre*, una postprocesual sin saberlo, porque a mí no me interesaban los conjuntos

de armas de la Edad del Bronce – espadas, puñales, hachas etc. -, que recogía para mi tesis, sino las personas que las forjaron y portaron. Y no las encontraba. Los objetos que estudiaba carecían, mayoritariamente, de lo que entonces se entendía como contexto arqueológico; no procedían de casas o de poblados, pero tampoco, de tumbas. Aparecían aparentemente, “en mitad de ninguna parte”.

Me costó muchos años reconciliarme con lo que había sido el objeto de mi tesis. Y esta reconciliación procedió de mi interés, a mediados de los años 80, por las “estelas de guerrero del Bronce Final”, objeto posteriormente de una memoria de licenciatura, realizada bajo mi dirección por Eduardo Galán¹. Cuando empecé a recoger la ubicación de aquellas estelas en las que se mencionaba donde aparecieron, me di cuenta de que existía un patrón repetitivo en su localización, por lo que esta no podía ser casual: un vado, un cruce de caminos, un paso de montaña. Y ello me llevó a buscar su significado en el diccionario de símbolos de Juan Eduardo Cirlot², un clásico en este campo. Ya en 1982 había publicado en la revista *El Museo de Pontevedra* un pequeño artículo a propósito de la espada de Valga, en el que reflexionaba sobre el significado de las armas que aparecían en el dragado de los ríos, porqué se arrojaban a las aguas y porqué siempre en los mismos puntos topográficos: vados o desembocaduras.

Así que, empecé a pensar que los conjuntos de objetos metálicos sin contexto, que yo había estudiado para mi tesis doctoral, a lo mejor sí tenían contexto arqueológico y aparecían donde debían hacerlo. Solo que los lugares donde se encontraban no se correspondían con nuestro concepto moderno de orden, es decir, con aquello que nosotros, los arqueólogos del siglo XX, entendíamos por contexto arqueológico: el mundo de los vivos o poblado y el mundo de los muertos o cementerio. Y ahí me empecé a plantear preguntas, como, por ejemplo, si nuestro concepto de orden espacial era universal. Y si no lo era, qué otras formas de orden existían, por qué y desde cuándo. ¿Existen elementos en común en la forma de ver y de ordenar el espacio en todas las sociedades, o no? ¿Todos los grupos humanos ordenan el mundo que los rodea? Si la respuesta es, no, entonces ¿por qué unos humanos conciben el espacio dentro de un esquema de orden y otros no?

1 E. Galán Domingo (1993): *Estelas, Paisaje y Territorio en el Bronce Final del Sudoeste Peninsular*. Madrid, Complutum Extra 3.

2 J.E. Cirlot (1997): *Diccionario de Símbolos*. Madrid, Siruela.

Fue entonces cuando me interesé por la Arqueología Postprocesual o, mejor, dicho, por algunos arqueólogos postprocesuales y por su concepto de Paisaje, de todo lo cual aprendí mucho en una corta, pero productiva estancia en 1989 en la Universidad de Reading con el profesor Bradley. Desde entonces, he intentado entender el “contexto” mental de las sociedades del Pasado, esto es, comprender la lógica que subyace en el registro material de las diferentes sociedades del Pasado.

En verano de 2006, gracias a un Proyecto I+D del que era investigadora principal, pude hacer una estancia en la Universidad de Harvard, bajo el paraguas protector del Colegio Complutense de Harvard y disfrutar de sus muy bien dotadas bibliotecas. Aunque el objeto de mi visita era completar y extender mis lecturas de cara a lo que luego fue la publicación en la editorial Bellaterra, del libro “*Con el fenicio en los talones*”, casi por casualidad, me topé ahí por primera vez con los trabajos de los geógrafos de la percepción. Y mi interés por la experiencia humana del espacio, proyectada en la organización del paisaje, no hizo sino crecer.

En el curso 2013/2014, y ya antes en un master de corta duración, comencé a impartir en la Universidad Complutense de Madrid, la asignatura optativa de cuarto curso de Arqueología, *Arqueología del Paisaje*, de cuya docencia me encargué hasta 2022. Este libro es, en buena medida, fruto de las lecturas que realicé para su preparación, pero también de mi propia experiencia en proyectos de Arqueología del Paisaje desarrollados en Cerdeña y en el alto Atlas de Marruecos. De nuevo, como en otros libros anteriores, he de decir que me siento una privilegiada por lo que he aprendido y disfrutado gracias a estas clases. De modo que sentía que era un deber devolver una parte al menos, de lo mucho que me había divertido. Esa es la razón de este libro.

Pero, hay más, hay otro motivo. Hasta donde conozco, no existe un libro, al menos, en español, hoy por hoy la segunda lengua más hablada del mundo, que aborde los fundamentos teóricos de la Arqueología del Paisaje y que pueda servir de guía o manual, para los estudiantes o para los interesados en los cimientos teóricos de la disciplina. De modo que he tratado de “llenar” ese vacío y de hacerlo de la forma más clara y sencilla que he podido y sabido.

Esta ha sido, al menos, mi intención. La de hacer bueno un consejo que, allá por 1977, me dio el profesor Almagro Basch cuando me enfrenté a la escritura de mi primer artículo:

Escribir para los tontos, para que te entiendan los listos.

Doy las gracias a mis amigas la Dra. Ana Martín Bravo, por ayudarme a pulir, corregir y mejorar este libro, con sus críticas y observaciones, y a la Dra. Raquel Licerias Garrido, por corregirme el fondo y la forma del texto y por discutir conmigo aspectos teóricos y metodológicos, que han contribuido, significativamente, a enriquecer y aclarar el texto. Finalmente, a mis editores, Enrique Daza y Elena Vega, por ser unos románticos, que aman tanto los libros, como para invertir en ellos su peculio.

Madrid, martes 3 de mayo de 2024.

CAPÍTULO 1.

En los orígenes de la Arqueología del Paisaje

1.1. Sobre nuestro concepto de paisaje

A lo largo de los diez años en que he impartido la asignatura de Arqueología del Paisaje a los estudiantes de 4º de Arqueología de la Universidad Complutense, solía empezar las clases preguntándoles qué era el Paisaje. Qué entendían ellos por Paisaje y cómo lo definirían. Y, salvo alguna rara excepción, los estudiantes me miraban circunspectos, pero callaban, quizá porque, como contaba San Agustín en el libro XI de *Las Confesiones*, cuando se preguntaba qué era el tiempo se respondía a sí mismo:

Si nadie me pregunta, lo sé, pero si quiero explicarlo, no lo sé.

Como San Agustín, todos creemos tener claro el concepto de Paisaje. Pero, ¿de verdad lo tenemos? Si es así, ¿por qué nos cuesta tanto definirlo? Por qué sabemos definir qué es una casa: — *una construcción de madera, piedra, adobe o cemento con una apertura de entrada o puerta y otras en las paredes para que penetre luz, llamadas ventanas y una cubierta o tejado para protegerla de las inclemencias del tiempo, en la cual viven los seres humanos* —pero, sin embargo, aunque sabemos o creemos saber, qué es el paisaje, como en el caso del tiempo, nos cuesta definirlo. Porque, al contrario del tiempo, que tiene un componente, a la vez objetivo, porque es mensurable, y subjetivo, porque es perceptivo (Merleau-Ponty 1993, 345; 418 y ss.) el paisaje tiene que ver con lo que experimentamos, es decir, es una experiencia fenomenológica y, por tanto, posee un carácter subjetivo.

Yo entiendo el paisaje como la forma en la que un grupo humano concibe y da sentido al mundo que le rodea. El paisaje es pues, la proyección en el espacio de la cosmovisión de un grupo humano. Martínez de Pisón (2007, 336) afirma que:

no hay paisaje sin hombre, porque sólo la mirada del hombre vuelve paisaje lo que naturalmente sólo era territorio.

No obstante, como veremos más adelante (Capítulo 2) no todas las sociedades *piensan* el paisaje. Paul Cézanne pintó obsesivamente la montaña Sainte Victoire en la Provenza francesa. Y no sólo él, otros artistas como Picasso o Vasili Kandinsky se vieron atraídos por su agreste belleza, y la escogieron como fuente de inspiración. Sin embargo, Cézanne afirmaba que los campesinos que vivían en la montaña Sainte Victoire no la veían (Berque 1998, 8 y 2009, 78).

Naturalmente, los campesinos de Sainte Victoire no estaban ciegos. Lo que el pintor quería decir era que, para aquellos campesinos, la montaña era el áspero terreno en el que se ganaban el pan, en tanto que él experimentaba ese paisaje como revelación sensorial. Ellos estaban dentro del paisaje y no lo veían, mientras que él estaba fuera y tenía perspectiva para experimentarlo sensorialmente y pensar sobre él. Pues, en palabras del geógrafo Tuán (1977, 146),

*Seeing has the effect of putting a distance between self and object. What we see is always "out there"*³

Es decir, ver el Paisaje es, sobre todo, un acto de percepción que implica un alejamiento físico y mental del entorno, ya que es la perspectiva la que permite experimentarlo, pensar el paisaje. Parafraseando a John Constable, otro gran pintor paisajista:

*we see nothing truly till we understand it*⁴.

O, dicho de otro modo, sólo vemos lo que somos capaces de comprender, porque nuestra percepción es física, pero también social y está mediada por nuestra cultura. De tal modo, percibir el paisaje es, tanto un acto sensorial, como el resultado de un proceso mental de separación naturaleza/cultura, que unas sociedades han emprendido y otras no.

Por el contrario, transformar en cultura la naturaleza implica un proceso emocional pero también mental, de ordenación, de categorización, de diferenciación entre humano y no humano. Pues no se puede someter al dominio humano, y eso es la domesticación, aquello que no es considerado diferente a lo humano. Por eso, en el mundo romano, como en otras muchas sociedades, el esclavo era considerado cosa, no persona, era objeto de derecho, pero no sujeto de derecho. Es decir, era un no humano.

3 Ver produce el efecto de poner distancia entre el yo y el objeto. Lo que vemos está siempre ahí fuera.

4 Cita de la conferencia del 9 de junio de 1836, dentro del ciclo de conferencias sobre la historia de la pintura de paisaje en *the Royal Institution*, London.

Es a ello a lo que tanto Cézanne como Constable se referían y es asimismo a ello a lo que Cosgrove (Berque *et alii* 1997) alude cuando afirma:

If we can observe the landscape and they cannot, is because they live in a landscape and we don't ⁵.

En definitiva, lo que Cosgrove afirma es que, para observar el paisaje, el observador debe situarse fuera de él. Por tanto, los que viven dentro del paisaje, no lo ven. Y ello explica por qué la palabra paisaje no es universal y que en el mundo Occidental esta palabra se acuñara tardíamente. De hecho, y dado que el paisaje carece de existencia física y es una construcción cultural, en muchas sociedades no existe la palabra paisaje.

Como Berque (1998 y 2009, 70-78) explica, el término paisaje aparece, en momentos diferentes, en China y en el mundo Occidental. En China lo hace entre los siglos IV y V de nuestra era, en el contexto de una prolongada época de cambio y turbulencia, consecuencia de la caída de la dinastía Han (220 d.C.) y el derrumbe de su imperio, lo que llevó a muchos letrados al abandono de las urbes, a la reclusión en el campo y al eremitismo. Ociosos, e influidos por el taoísmo y el budismo, que promovían el contacto con la naturaleza, el retiro y la contemplación, descubren la naturaleza y meditan sobre ella y sobre la vida sencilla. Y “descubren” el paisaje como espacio armónico. Este enfoque responde a los seis requisitos de Berque (2009, 60) para poder hablar de que una cultura tiene paisaje:

- 1º una literatura, sea oral o escrita, que cante la belleza de los lugares;
- 2º la existencia de jardines de recreo;
- 3º una arquitectura planificada para gozar de hermosas vistas;
- 4º pinturas y representaciones del entorno;
- 5º una o varias palabras para referirse al paisaje y, finalmente,
- 6º una reflexión explícita sobre el paisaje.

Según estos requisitos, más propios del historiador del arte que del antropólogo, las sociedades prehistóricas carecerían de paisaje. Tampoco, según el propio autor (2009) el mundo romano. Y, sin embargo, si entendemos por paisaje la proyección en el espacio de una forma de pensar éste y de ordenarlo, tanto los romanos, como algunas de las sociedades prehis-

5 Si podemos observar el paisaje y ellos no, es porque ellos viven en el paisaje y nosotros, no.

tóricas, tenían paisaje. Es con este mismo enfoque como también Mezcua (2007) analiza y entiende el concepto de paisaje en China.

La palabra *paisaje* es de muy reciente aparición en Occidente (Berque 1998, 17-18; Zumthor 1994, 86; Fernández y Ramírez 2016). Berque (1998) atribuye a la influencia de las ideas de San Agustín sobre la introspección, el tardío “descubrimiento” del paisaje en el mundo europeo occidental, a partir de la recuperación del interés por la naturaleza, desde el siglo XIII en adelante, con San Francisco y otros autores (Martínez de Pisón 2009, 156-157). Sin embargo, el proceso de aparición del término paisaje no es, desde mi punto de vista, muy diferente en el mundo chino y en el mundo europeo. En ambos, son aquellos que no dependen de la naturaleza, que están fuera de ella, los que poseen distancia y perspectiva para pensar sobre ella en términos de Paisaje. Eso es, de nuevo, lo que Cézanne quería decir cuando afirmaba que los campesinos no veían la montaña. En este mismo sentido también, un geógrafo francés contemporáneo relataba en un Congreso que, de acuerdo con una encuesta, la mayoría de los campesinos de la región francesa del Finistère tenían dificultades para entender la idea de paisaje, si bien comprendían claramente la idea de *país*⁶ (Roger 2007, 30).

No es pues, casualidad, que ese renovado interés por la naturaleza al que se refieren Berque y Martínez de Pisón, se produzca a partir del siglo XIII, pues muchos cambios se inician en el corazón de Europa a partir de los siglos XII/XIII. Algunos los explica muy bien Crosby (1998): En primer lugar, el desarrollo de la música polifónica y el uso de un sistema de notación para medir los tiempos de entrada y la duración de las distintas voces, a partir del Ars Nova; en segundo lugar, la aparición de los primeros relojes mecánicos urbanos hacia el 1300, que dividían la jornada de trabajo en partes iguales con independencia de la estación del año (Véase la Figura 1.1.); o, por último, la llegada a Florencia, a inicios del siglo XV, de un ejemplar de la Geografía de Ptolomeo, y el impacto que su sistema de coordenadas tuvo en el desarrollo de los mapas de navegación y en la pintura — aparición de la perspectiva —. Todos ellos fueron factores que contribuyeron al proceso de separación espacio-tiempo y a la experimentación del tiempo como un proceso lineal y no circular⁷. Esto es, a la

6 En su acepción de territorio o región. Diccionario RAE 22 ed. www.rae.es. Entrada 21-09-2015. En el diccionario Larousse una de las acepciones de *pays* es: *Région envisagée au point de vue d'une certaine identité ou communauté d'intérêts de ses habitants*, es decir: región considerada desde el punto de vista de una determinada identidad o comunidad de intereses.

7 En uno de los ensayos contenidos en el libro *Lo maravilloso y los cotidiano en el*



Figura.1.1. Reloj mecánico del siglo XIV en la puerta de la ciudad de Rouen. Foto de Marisa Ruiz-Gálvez.

percepción de la existencia de conceptos tales como “antes”, “durante” o “después” en nuestras acciones, en lugar de un presente continuo. Pero, a mi juicio, hay otro factor muy importante que influyó en que fuera en el siglo XV e inicios del siglo XVI, y precisamente en Italia y en los Países Bajos, donde se empezara a usar la palabra paisaje.

Fumagalli (1989 y 1996) nos cuenta cómo tras la desaparición del imperio romano de Occidente y las invasiones bárbaras, muchas villas y

Occidente medieval, cuenta Le Goff que los cruzados que iban a Jerusalén, pensaban que iban a castigar a los verdugos de Cristo, no a sus descendientes.

aldeas quedaron despobladas, la población se redujo y el bosque climácico que el hombre había ido clareando, penosamente, desde el Neolítico, volvió a ganar terreno. Tal vez por ello no existe el concepto de *spatium* (espacio), en la Alta Edad Media, sino sólo el de *locus*, el del lugar concreto, clareado y ganado a la *silva* (Zumthor 1994, 51). A partir de ahí comenzó un titánico esfuerzo de reversión del proceso, que en buena parte de Europa ya era perceptible en el siglo XIII, muy particularmente en Italia, donde las ciudades empezaron a fomentar políticas de drenaje y bonificación de zonas bajas pantanosas, construcción de canales y apertura de extensos campos de cultivo (Fumagalli 1988, 73-74). Este proceso culminó en el siglo XV, momento en el que se acuña la palabra *Paessagio*, momento también en el que lo ricos habitantes de las ciudades renacentistas en Italia, empezaron a sentir la añoranza del campo y de la vida tranquila lejos del ajeteo de las urbes, y comenzaron a hacerse villas suburbanas (Bentmann y Müller 1975, 129 y ss.). El propio Alberti describe las villas como el lugar

donde todo es sano y puro (...) y se pueden olvidar los alborotos y las riñas de la plaza y de la ciudad (Sánchez-Rojas 1986, 22).

Idéntico fenómeno tiene lugar en los Países Bajos, una región semi-hundida como consecuencia del proceso de separación, desde inicios del Holoceno hasta aproximadamente el 5000 a.C., del Continente y las Islas Británicas, que dio lugar al nacimiento del Mar del Norte y del Canal de la Mancha y que dejó una parte de la plataforma continental, no suficientemente profunda como para quedar cubierta permanentemente por el mar, pero si recurrentemente inundada (Gaffney y Fitch 2021). Los *polders* se empezaron a construir desde los siglos X-XI para ganar terreno al mar. Tras una crisis y salinización de las áreas costeras en el siglo XIII que condujo a su abandono, se produjo una reestructuración del espacio con la construcción de terraplenes y la introducción del molino de viento para bombear agua, todo lo cual desembocó en la aparición de grandes extensiones desocupadas y dedicadas al cultivo a gran escala (Soens *et alii* 2014). Es entonces, en el siglo XVI, una vez culminado ese titánico esfuerzo de lucha contra el mar, cuando comienza a hablarse de *Landschap*. De ella derivará *landscape*, que aparece por primera vez escrita en inglés en 1603 (Véase Capítulo 4).

En uno y otro caso, la palabra paisaje comienza a usarse cuando el espacio humano deja de percibirse como tupido, cerrado y de naturaleza hostil y amenazadora. Una vez terminado el proceso de su domesticación, los hombres toman distancia y reflexionan sobre la naturaleza. Como afirma Roger (2007, 32):

la percepción del paisaje, esa invención de los habitantes de las ciudades (...) supone a la vez distanciamiento y cultura.

Fernández y Ramírez (2016, 80 y ss.) señalan que, en el momento en el que aparece la palabra paisaje en las lenguas germánicas y romances en torno al siglo XVI, ésta hacía referencia a una tierra delimitada y laborada por una comunidad, y que su uso en español no es anterior al siglo XVIII, hacia 1708, según el diccionario de Corominas. Pero todavía en 1715, en el de Palomino, se define el paisaje como “país”, palabra derivada de *pagus*, en el sentido de paisaje cultivado y parcialmente deforestado. Los autores avanzan la hipótesis de que en español la palabra paisaje aparece tan tarde, porque el término pago servía para denominar tanto parajes, como tierras de cultivo o unidades, a la vez rurales y urbanas. Por esa razón se adaptó en América para denominar “pueblos de indios”, lo que aunaba la tradición local de autonomía, con la foránea de pertenencia al Virreinato. Relatan también el envío de un cuestionario a Nueva España en 1577, similar al ya realizado en la Península para las Relaciones Topográficas de Felipe II. Los autores (Fernández y Ramírez 2016, 89-92) argumentan que lo que se esperaba era una serie de respuestas objetivas sobre distancias, caminos, accesos, pero lo que reciben es una pintura subjetiva que asocia rasgos naturales del paisaje a mitos ancestrales

1.2. Arqueología del Paisaje versus Arqueología Espacial

La Arqueología del Paisaje es hija de la Geografía Humanística y de la Percepción, de la misma forma que la Arqueología Espacial lo es de la Geografía Espacial. Entre los años 50 y 60 del siglo XX, las Ciencias Sociales entraron en crisis en el mundo anglosajón. Y ello fue así porque, en el marco del esfuerzo bélico realizado por los aliados durante la Segunda Guerra Mundial, se formaron equipos mixtos de investigadores, entre los que había tanto físicos o matemáticos, como historiadores, sociólogos y geógrafos, lo que permitió una estrecha familiarización de los científicos sociales con los métodos de aquellas disciplinas. Ello condujo a una profunda revisión metodológica en las Ciencias Sociales y al cuestionamiento de la idoneidad de sus procedimientos. Esa crisis afectó a la Sociología, a la Geografía Humana o a la Historia, que deseaban ser nomotéticas, es decir, buscar leyes en lugar de ser descriptivas; ser predictivas, es decir, que crearan modelos, y que usaran métodos cuantitativos. De dicha crisis surgen en Geografía obras como *Models in Geography* (Chorey y Haggett 1967) o *Explanation in Geography* (Harvey 1969) pilares de

la Nueva Geografía. Pero, también, en otras Ciencias Sociales se publicaron obras como *The crisis of aristocracy* (Stone 1965) o *The Causes of the English revolution. 1529-1642* (Stone 1972) en las que se empieza a hacer uso de métodos cuantitativos y que serán una de las bases de la Nueva Historia Social (Bintliff 1986, 20). En Sociología, los dos volúmenes publicados en 1949 por la Universidad de Princeton bajo el título *The American Soldier*, seguidos ese mismo año y el siguiente por *Experiment on Mass Communication y Measurement and Prediction*, enmarcados en la serie *Studies in Social Psychology in World War II*, inauguraron la Nueva Sociología (Schweber 2002).

En tal contexto de cambio de las Ciencias Sociales nació la Nueva Arqueología en Estados Unidos de América del Norte (Binford 1962; Flannery 1967) y en Gran Bretaña (Clarke 1968 y 1972). En las Islas Británicas, tras la temprana muerte de Clarke, será Renfrew (1973) la figura más relevante de esa versión anglosajona de la Nueva Arqueología bautizada como Arqueología Procesual, porque pretendía estudiar y reconstruir los procesos sociales, aplicando para ello métodos científicos.

Hija de la Nueva Arqueología fue la Arqueología Espacial, al igual que la Geografía Espacial lo fue de la Nueva Geografía. Si la Geografía Espacial se interesaba por la geometría, por la forma y la ordenación del espacio, esto es, por la organización espacial de la sociedad, la Arqueología Espacial se interesó, en primer lugar, por la estructuración del espacio habitado y la ubicación más eficiente de un sitio arqueológico en relación con los recursos que explota, o de la provisión y gestión de bienes y servicios en el territorio que controla y jerarquiza. En segundo lugar, por la estructura política deducible de la organización de un territorio.

Fue durante los años 50 cuando nació en Gran Bretaña una Arqueología del Paisaje que podríamos calificar, primero como de enfoque histórico-cultural y, desde fines de los años 60, como Procesual. Su paternidad se la podríamos atribuir a William George Hoskins, quien no era arqueólogo, sino historiador especialista en historia local, disciplina que empezó a enseñar en la postguerra en la Universidad de Leicester y, más tarde, en Oxford. Tras una obra dedicada a la Historia de las Midlands, abordó la preparación de una segunda sobre Devon, para cuya documentación se recorrió en tren, autobús o a pie cada parroquia, archivo parroquial y pequeño pueblo de dicho condado. Estas experiencias fueron la base de su obra *The making of the English Landscape*, publicada en 1955, que tuvo una positiva acogida, no sólo en medios académicos, sino entre el gran público. Esta y otras obras posteriores, así como los paseos por el campo con sus alumnos de la Universidad, estudiando en las huellas del pasado